

La apatía política del Pueblo Vasco

Gudari, 14. zk., 1962-11: 4.

Algunos compatriotas que regresan de Euzkadi traen la impresión de que existe en nuestro pueblo (al margen de los grupos organizados) cierta indiferencia política, una falta de interés por la solución de problemas que desde la perspectiva que nos permite el exterior se nos antojan de enorme gravedad.

¿Qué significación podemos atribuir a la apatía de nuestro pueblo, y cómo debemos entenderlo y tratarlo?

Hay una razón evidente, una razón generadora de apatía política que es fundamental: el aislamiento informativo y cultural en que la dictadura tiene sometido a nuestro pueblo, y simultáneamente el bombardeo constante de propaganda política a que ha venido siendo sometido durante casi un cuarto de siglo.

No obstante, a pesar de ser esta razón tan importante, no es la única ni la de consideración más urgente. Hay otras razones que, por obvias, no han sido consideradas por nosotros a la hora de enjuiciar la apatía política de nuestro pueblo.

He aquí tres factores generadores de apatía política cuya comprensión nos parece importante: 1) Los peligros que acarrea la actividad política, 2) la sensación de que todos los esfuerzos son inútiles, y 3) la ausencia del estímulo necesario (aparte del que genere la propaganda) para interesarse y participar en la actividad política.

Vamos a analizar estas tres razones una a una:

1. Los peligros que acarrea la actividad política

Primero, el riesgo de ser molestado por la policía, el de ir a parar a la cárcel.

Esta razón es seguramente la más importante; pero no es la única.

Todos estos años de vacío político y de silencio han permitido al patriota vasco recuperarse de recientes marginaciones de tipo social y económico. Arriesgar ahora el empleo o el negocio montado con mucho esfuerzo, además de su libertad personal y la seguridad económica de toda su familia, constituye un freno de enorme poder inhibitorio.

Pero estas razones del poder coercitivo que ejercen los regímenes totalitarios no se reducen a crear este mecanismo exterior del temor que actúa desde fuera hacia dentro, sino que está destinado a generar otro más importante: el de la inhibición en profundidad sobre la conciencia política; ya no sólo sobre la expresión, sino sobre el mecanismo del pensamiento político mismo en el hombre. Y esta inhibición es gravísima, 1) porque destruye en el hombre el mecanismo de la rebeldía moral, y 2) porque termina insensiblemente con el sentido de responsabilidad individual y de

grupo, amansándolo y predisponiéndolo para cualquier clase de sumisión moral, social y política de signo totalitario, sea el franquismo o (y este es importante) el comunismo.

2. La sensación de que todos los esfuerzos son inútiles

Generalmente, el individuo inicia algo con la esperanza de que su actividad ha de rendir algún resultado. Si se mata esta esperanza en el hombre, si la experiencia le demuestra que sus esfuerzos resultan inútiles, que, aunque no conduzcan necesariamente a la cárcel o a la pérdida del empleo o a la ruina del negocio, en el mejor de los casos resultarán inútiles, esa voluntad política se rinde, o al menos baja la guardia.

Luego, esa guardia baja, de brazos caídos, se puede hacer permanente.

La acción, sea del género que sea, exige voluntad y energía; la inacción no consume nada. Lo económico, aún en lo moral (y más si el hombre puede obtener razones que le permitan tranquilizar su conciencia, justificándose) es quedarse quieto, y seguir viviendo a media máquina, o con la caldera de la conciencia discretamente apagada.

Hay otra razón psicológica que contribuye a esta misma sensación de que lo que se hace, sea lo que sea, no conduce a nada en nuestro país: la centralización y la concentración del poder en manos de hierro que están manejadas desde lejos, que no sienten nuestros problemas. Esto va dando al sentido de responsabilidad cívica individual una perspectiva de lejanía que entorpece el mecanismo de la responsabilidad personal y el sentido de la participación personal en la cosa pública y en la decisión política de la sociedad a que pertenece.

3. La ausencia del estímulo para participar en la actividad política

Es muy difícil para el espíritu, y para el organismo, humano (y lo es sin duda para el complejo humano que constituye un pueblo) mantener un alto nivel de esfuerzo emocional constante, mantener una actitud comprometida por un período de tiempo largo. Por tanto, el instinto de defensa lleva a los hombres, y a las sociedades, a realizar una pirueta interior por la que consiguen escaparse de ese compromiso emocional con los problemas culturales y políticos que les afectan de cerca.

Y una vez que se consigue eliminar la emoción, la actividad política resulta muy difícil.

Esto no quiere decir que haya desaparecido el poder de emoción y de indignación del alma vasca; estas altas facultades del espíritu de nuestro pueblo están vivas en los cuerpos organizados y aparecerán otra vez con fuerza enorme, como una explosión que forzará el instinto a recuperar su nivel cultural.

Pero hoy por hoy, son factores de defensa instintiva que se nos aparecen evidentes.

* * *

¿Y ahora qué? ¿Quiere esto decir que tenemos que resignarnos a aceptar estos fenómenos sociales sin lucha?

No, esto no quiere decir que estas limitaciones a la conciencia política que imponen las circunstancias no pueden ser combatidas; esto no quiere decir que la crisis es inevitable y que toda acción para combatirla resulta inútil.

Al contrario, la conciencia de estos problemas nos ayudará a formular unos caminos de acción que se salgan de las viejas rutinas.